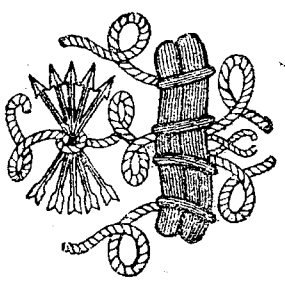
Vía no pudo verla subir desde el Cuartel de la Montaña, y vino de la guerra y vió el paso de José Antonio entre antorchas y laureles, bautizando la calle, y maduró después de la guerra, como la Gran Vía, y enriqueció sus dotaciones vitales, intelectuales, comerciales, religiosas y frívolas después de la guerra, como la Gran Vía. Y cuando uno de los chicos de la generación volvió de Rusia, pudo decir a modo de parte oficial: «Hombre, frío, lo que se llama frío, sí lo hemos pasado. Pero frío, frío, frío, lo que se llama frío, como en la esquina de la Telefónica, en ningún lado».

Tres meses lejos de la Gran Vía son siempre recomendables, pero lo cierto es que exponen al viajero a perder el pulso de lo auténtico, de lo vital, del rumor nuestro de cada día, de la verdad nuestra de cada dos días, de la palpitación unitaria, rabiosa y fenomenal de cada tres días. En fin...

La Diputación de Navarra cuida muy bien de las carreteras (1). El asfalto cobra un curioso aspecto de señorial pasillo. La lluvia preotoñal olía a castañas asadas, a Navidad, a estreno en el Cine Avenida, a radio de bar, el órgano de la iglesia de San José, frontera con Alcalá, a salida de un concierto en el Palacio de la Música, a la voz de los borrachos de madrugada, a las flores de vendedoras ambulantes, a lotería, a puerta trasera de grandes almacenes, a cita de novios, a cita de amantes, al desvergonzado silbido del que para una jaca, a combinaciones de Chicote y los bilbaínos del Abra, a «Formaciones», el «Pueblo», a paseo de estudiantes, a Viático a las diez de la noche, a la total vida y muerte de la Gran Vía. Y eso me coloca al borde de una tristeza irracional. El parón frente a Arbitrios —qué ridícula, necesaria y alegre marca, qué estupenda sensación esta de tropezar con un diplodocus en la sala de máquinas de una central térmica— me despertó, sacudiendo de un golpe sueños, figuraciones y anticipadas nostalgias, que son las peores de todas. A la señal del conductor: «No llevo nada, amigos», respondió el consumero con un versallesco toquecito a la gorra y un reposado: «Buenas noches». Estos portales son la equivalencia humana de una tradicional fórmula de cortesía. Más sirven para saludar a los que van y vienen, que para una efectiva y fiscal tarea de recaudación. Dios los bendiga.

(*Continuará.*)

(1) Cuidaba, según me dicen desde mi tierra.



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Consigna: #159, 1/4/1954.